

COLORES SOBRE LA CARA

por: Carlos González Covarrubias

Todo empieza con un explosivo rayo de luz que completa el misterio de esta obscuridad. La sonrisa de Ornela intenta escabullirse por entre la armonía de un público imaginado; su incesante saltar y bien bajar conmueve hasta la exaltación de un presentimiento: Se hace la obscuridad, y un pequeño punto en el centro de este espacio empieza a iluminar el escenario donde, no hace mucho tiempo, ella misma trató de descubrir la razón de su tristeza.

Quiso dormir en paz sin saber cómo era que había olvidado la alegría.

Sientes pesadillas al ver carcajadas y sonrisas. Estoy a un lado tuyo y soy tu encima. No conoces tu camino.

Sentada al final de la función, en el centro del escenario, a obscuras, entró y olvidó lo que traía detrás de la puerta; hoy es el momento: tuvo que olvidarse de todas las voces que le aplaudían y, enfrente de las paredes espejos, descubrió como perdía a cada momento la desilusión que la había convertido en poeta.

Algo pareció penetrar en su momento, vio los caminos altos de su idea ya moldeada y, como era costumbre, una lágrima de resistencia salió por sus dedos de color.

Tendría que polvear una vez más su cara con esos colores insuficientes que le indicaban la manera de suponer el desencanto del hambre y de la sed al intentar comprender su vida, que se sumía cada vez más en el claro vacío de su libertad imaginada.

En el momento de pasar al otro lado de la puerta los copos estaban casi deshaciéndose con el calor de las manos que rozaba los barquillos de galleta; todo pareció convertirse en las azuladas consecuencias que había querido ser en un momento, pero la mirada penetró en los ojos de Ornela, y al esquivar el parpadeo profundizante de Boris, las actuaciones de Ornela descubrieron el abismo solitario que había convertido el sonido de esta música en el color viviente de estas imágenes suspendidas.

Boris comenzó a internarse en una obscuridad cautiva; las uvas que le fueron indicando el destino de sus sueños y la resistencia de sus esperanzas como poeta, empezaban a ocultarle la amistad del ser que integraba más conjuntamente el entendimiento de sus sentidos.

Despierta y sólo encuentra el destino de tus sueños y la profundidad de tus fantasías: conviértete en un hombre y deja que tu sangre de payaso se oculte en tus venas inconscientes.

Entraron y cada uno se pesó en su lugar correspondiente. Movimientos herméticos y de mímica hicieron que la soltura del paciente jamás se perdiera; a lo lejos, el señor del sombrero oscuro no paraba de aplaudir las actuaciones de los niños, los actores comenzaron a intervenir personalmente sobre sus marcadas ejecuciones; perdieron la paciencia el color invisible de su farsa quedó arrepentido.

Ornela trató de volverse por la puerta, pero la realidad de todas sus confusiones hizo que no tuviera valor para olvidar la esencia. Terminó pensando que lo único que la sostenía eran sus actuaciones como payaso; se perdió en el vacío de sus propias mentiras y creyó soñar despierta cuando le dijeron que su pez alado y su luna plantada con rayas de tigre habían dado su vida por conseguir la obscuridad del escenario.